

Lastra, María Soledad

Identidad de género y feminización de la pobreza. El caso del Hogar de Día San Máximo

IV Jornadas de Sociología de la UNLP

23 al 25 de noviembre de 2005

Cita sugerida:

Lastra, M.S. (2005). Identidad de género y feminización de la pobreza. El caso del Hogar de Día San Máximo. IV Jornadas de Sociología de la UNLP, 23 al 25 de noviembre de 2005, La Plata, Argentina. La Argentina de la crisis: Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6651/ev.6651.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

IDENTIDAD DE GÉNERO Y FEMINIZACIÓN DE LA POBREZA.

EL CASO DEL HOGAR DE DIA SAN MÁXIMO¹.

María Soledad Lastra

Introducción

El presente trabajo intentó ser un abordaje sobre el tema de la identidad de género, planteándolo acertadamente como “problema”, por un lado por la complejidad que implica empezar a discernir los elementos que la constituyen y además, porque se puede ver en ello un carácter cambiante, sujeto al proceso mismo de constitución de la identidad y a los marcos histórico - sociales en los que se desenvuelve.

Nuestra pregunta por la identidad de género, nos obligará entonces a clarificar, en primer lugar cuál es el contexto en el que se construye. Por eso, tendremos en cuenta, que este contexto no sólo se define por el continuo proceso de flexibilización y precarización del mercado de trabajo que vivimos desde la década del noventa sino que es acompañado por la segmentación genérica del mercado de trabajo, la feminización de determinadas ocupaciones y la concentración de las mujeres en actividades del sector terciario de la economía, en la salud, servicio doméstico, educación y en el sector informal.

Siguiendo esta línea, veremos entonces que la participación de las mujeres pobres en el mercado de trabajo se vincula con la desigual estructura ocupacional por género que éste ofrece y con la valoración culturalmente aceptada, en este sector, de que una “buena mujer” es una mujer dedicada a su hogar.

En este marco de creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo debido a la crisis económica de los hogares y al desempleo abierto de los cónyuges, se intentó entonces comprender la identidad de las mujeres de hogares pobres teniendo en cuenta sus múltiples dimensiones, pero haciendo especial hincapié en el significado que le otorgan al trabajo. La pregunta central que recorre nuestro trabajo es ¿cómo construyen las mujeres de hogares pobres estructurales que no son jefas de hogar su identidad femenina?. ¿Qué significado le otorgan al trabajo (doméstico como extradoméstico) y qué papel juega esto en el proceso constitutivo de su identidad?. Se apuntó a rescatar la perspectiva de las

¹ A los fines de mantener la privacidad del lugar que tomamos como caso, los nombres del Hogar de Día que ha sido estudiado, así como del barrio en el que este funciona son ficticios.

mujeres, sus representaciones y los marcos de referencia sobre los que construyen su identidad, en relación a lo que entienden por trabajo, al significado que le otorgan al hecho de trabajar, sin olvidar la contextualización de sus discursos (a nivel histórico, espacial, social, simbólico, institucional, etc.). Para poder responder a ello, iniciaremos nuestro camino intentando conocer la situación familiar de las mujeres pobres (cómo está formado el núcleo familiar, con quiénes convive, cuál es la situación económica de los integrantes de la familia); indagando acerca de sus representaciones valorativas en torno al trabajo (abordado desde su propia experiencia y de las representaciones subjetivas que tienen de experiencias ajenas), y finalmente distinguiendo sus expectativas personales y familiares en torno a los ejes: trabajo, maternidad, matrimonio.

Las mujeres que estudiamos fueron aquellas pertenecientes a los llamados hogares pobres estructurales entendidos como aquellos hogares identificados en situación de pobreza a partir del método de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI).

Nuestro estudio se realizó en el marco del “Hogar de Día San Máximo”, ubicado en un barrio de la ciudad de La Plata, donde diariamente asisten mujeres de distintas edades para realizar diversas actividades. Se utilizó el método de entrevistas en profundidad con dichas mujeres para el posterior análisis de los elementos simbólicos - representacionales que ellas construyeron en sus discursos.

Género e identidad: conceptos

Estudiar procesos de construcción de la identidad es difícil, en general, se nos presenta cómo un gran rompecabezas que nos envuelve en la confusión de no saber por dónde comenzar a armarlo. La pregunta central que inicia un estudio sobre la identidad es ¿quién soy (o quiénes somos)?, pregunta que nos obliga a responder también, ¿quiénes son “los otros”?

La identidad, se construye a partir de la combinación de varias piezas, es decir, en el marco de la interacción social, donde encontramos elementos diferenciadores (que son los que permiten la especificidad de cada sujeto) como ser: la pertenencia a una pluralidad de colectivos, la presencia de un conjunto de atributos ideosincráticos o relacionales y la narrativa biográfica. Pensando en la identidad desde una perspectiva de género, Gilberto Gimenez (2004) nos da algunas claves. Él considera que este concepto puede ser abordado desde su dimensión de pertenencia categorial, asociada a determinados estereotipos y representaciones. La pertenencia social es uno de los criterios básicos de

distinguibilidad de las personas, en el sentido de que a través de ella los individuos internalizan en forma ideosincrática e individualizada las representaciones sociales propias de su grupo de referencia. Claro que, la interiorización de los sistemas de signos no es refleja y automática, sino que suele darse en el marco de una “lucha por el reconocimiento” donde los otros tratan de imponernos su propia definición de lo que somos y donde esto que “somos” resulta de una negociación entre autoafirmación y asignación identitaria, es decir, resulta de la dialéctica entre “autoidentidad” y “exoidentidad”.

Es clásico, y peligroso, pensar a las mujeres por oposición a los hombres. Por el contrario, lo inverso, pensar a los hombres por contraste a las mujeres, resulta poco probable. Los hombres ocupan, en esta relación de poder, el referente a partir del cual se define lo que es una mujer. Pero si bien la identidad se construye en este proceso relacional de las mujeres con el mundo de los hombres, también se desarrolla en la interacción con ellas mismas y con el resto del mundo; es decir que ellas se construyen y reconstruyen a sí mismas como mujeres en su cotidiana interacción con la estructura social. Retomando la idea de negociación, el proceso identitario no es, entonces de carácter ingenuo o realizado según la propia voluntad o, incluso, por obedecer a un “otro” que se nos impone. Por el contrario, la dimensión de poder, que subyace a todas las relaciones que se entablan entre las personas, entra en juego de una forma más compleja.

Desde Foucault sabemos que el poder no está en posición de exterioridad sino que es inmanente en cualquier tipo de relación; en este caso, si bien el poder no fue el centro de nuestro análisis, sí ha sido tenido en cuenta como elemento que atraviesa la construcción de la identidad. En este sentido, Boudieu (2003) nos habla de la violencia simbólica que encubre la relación hombre-mujer, donde ésta aparece como violencia amortiguada, silenciada, imperceptible hasta para sus propias “víctimas” y que las atrapa en unos esquemas mentales producto de la asimilación de estas relaciones de poder.

Bourdieu nos invita a pensar en la relatividad misma de la construcción de las estructuras sexuales, preguntándose ¿cuáles son los mecanismos históricos responsables de la deshistorización y de la eternización relativas de las estructuras de división sexual y de los principios de división correspondientes?. En este sentido, la diferencia biológica entre los sexos (entre los cuerpos masculino y femenino) y en particular, la diferencia anatómica entre los órganos sexuales aparece como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos y entre la división sexual del trabajo. La desigualdad como principio de la visión androcéntrica, se convierte en el garante de las significaciones y valores que promueven su reproducción. La paradoja de esta “visión del mundo”, donde la

mujer ocupa el lugar de dominada, consiste en que *la relación de dominación se legitima inscribiéndola en una naturaleza biológica que es, en sí misma, una construcción social naturalizada* (Bourdieu, 2003: p.37)

Por eso es importante destacar el carácter histórico-social del concepto de género, en tanto condensa prácticas, símbolos, representaciones, valores y normas compartidas por los integrantes de una sociedad en un tiempo determinado y que son, a su vez, cambiantes.

Entonces, ¿cómo podemos empezar a entender el proceso identitario de las mujeres?. En principio, teniendo en cuenta la relación de poder en la que está inmersa por el sólo hecho de ser “diferente” al hombre. Pero definir a una mujer por simple oposición sería muy escueto y minimalista, nos mantendría en la misma nebulosa inicial de no saber claramente cuáles son las piezas que constituyen su identidad. Para avanzar en ello, retomamos de un trabajo realizado por Félix Acosta y Mariene Solís (1998), a Cervantes, que plantea que el concepto de identidad femenina, implica entenderlo en términos de la articulación de tres dimensiones en un tiempo y espacio determinados históricamente. Estas tres dimensiones son: la maternidad, el matrimonio (o la relación de pareja) y el trabajo o profesión, por lo tanto el “ser mujer” tendría como base la combinación de la mujer-esposa, mujer-madre y mujer-trabajadora. La identidad femenina es entendida entonces como la manera en que se percibe, se valora, se interioriza y se vive simbólicamente y factualmente cada una de las tres dimensiones. El orden de importancia de estas dimensiones dependerá de los condicionamientos sociales y culturales sobre los que se desarrolla su cotidianidad. A través del tiempo, las mujeres se ven en la obligación de rearticularlas en tanto compitan entre sí, entren en conflicto o se anulen.

Visto así, encontramos un primer camino para empezar el armado de nuestro rompecabezas. Queremos conocer la identidad de las mujeres que entrevistamos y lo vamos a hacer ordenando, inicialmente, lo que nos cuentan a partir de esas tres dimensiones. Claro que no podemos dejar de tener en cuenta otros elementos que, en este “juego” tienen una gran relevancia, es decir, el contexto en el que se enmarca esa construcción identitaria.

Trabajo y Pobreza

Avancemos sobre el contexto histórico y la situación económico - social en la que viven estas mujeres, para entender cuáles son las piezas centrales de su proceso identitario.

Tener en cuenta el marco de la creciente feminización de la pobreza no implica sólo ver que las mujeres son pobres, sino que la pobreza está condicionada por el género y, por lo tanto, que esto conlleva a que los roles, identidades, desigualdades y relaciones de género produzcan en la mujer y en el hombre una experiencia de la pobreza diferenciada.

A su vez, otra pieza que se suma a este contexto, tiene que ver con los cambios en las características de nuestro mercado laboral. Estos cambios, como la segregación ocupacional, la precarización y la discriminación salarial que se viven desde fines de 1980, pueden ser entendidos como manifestaciones de los procesos de exclusión relacionados con la construcción social de la diferencia sexual. Así, la exclusión social no tiene que ver sólo con una cuestión de inserción en el mercado laboral, sino que también puede ser abordada desde una perspectiva de género. De esta forma, la situación de inequidad de las mujeres ante los varones, las excluye de los beneficios de su actividad laboral, así como aumenta las probabilidades de obtener sólo un empleo precario, bajo condiciones de trabajo deterioradas. Las oportunidades abiertas por la estructura ocupacional dependen de la normatividad socio-cultural que construye las relaciones entre hombres y mujeres, siendo esto un mecanismo de exclusión social enraizado en una dimensión de género.

Pobreza y características del trabajo están estrechamente relacionados. El llamado “avance de la feminización de la pobreza” está indudablemente vinculado con los procesos de desregulación y precarización que ya mencionamos. Esta situación de inequidad se manifiesta claramente en la tasa de desempleo, que es constantemente superior para las mujeres que para los hombres; también lo vemos si tenemos en cuenta que ellas son las que ocupan mayoritariamente los trabajos a tiempo parcial y tienen también una presencia desproporcionada en los trabajos temporales e incluso en el sector informal de la economía. Por éstas y otras razones, también el salario medio de las mujeres es marcadamente inferior al masculino.

En general, la inserción laboral femenina reúne dos grandes rasgos: la subordinación del rol productivo al reproductivo y el predominio de las mujeres en oficios “femeninos” de menor jerarquía y remuneración, en relación a las características del empleo masculino. Si bien desde las transformaciones del mercado de trabajo las mujeres han cobrado relevancia en tanto nueva mano de obra oferente, aquéllas que provienen de los sectores más pobres conjugan las peores condiciones tanto por la situación laboral del cónyuge que, por lo general, es de desempleo abierto como por aquellas dificultades de índole personal con las que se encuentran a la hora de conseguir trabajo.

Como oferentes de trabajo, Elizabeth Jelín (1978) identifica a las mujeres según se encuentren entre las siguientes categorías básicas: por un lado, aquéllas que no tienen responsabilidades domésticas importantes (porque viven solas o porque hay otras mujeres en sus hogares a cargo de las tareas domésticas); también están aquéllas que se dedican exclusivamente a sus quehaceres domésticos; y, por último, las mujeres que tienen a su cargo no sólo el trabajo doméstico sino un empleo remunerado sin posibilidad de contar con trabajadores domésticos sustitutos (debido sobre todo, a los bajos ingresos que perciben y que no alcanzan para solventar los gastos de contratar una persona que realice este tipo de tareas).

Teniendo en cuenta este claro ingreso en el mercado laboral, y dejando de lado, por un momento, las condiciones en que esto sucede, es importante que nos preguntemos, qué significado tiene para las mujeres de este sector, el hecho de trabajar. El trabajo aparece, como vimos desde Cervantes, como una dimensión que se incorpora a la vida diaria de las mujeres, y que las obliga (a ellas y a sus familias) a reacomodarse en una nueva situación. Estos cambios no pueden ignorarse, ya que de alguna u otra forma, repercuten en la construcción de lo que “son”. Lo mismo sucede, con la maternidad. Los hijos abren una nueva dimensión que implican, como el trabajo, una reformulación en el quehacer diario (no sólo en la vida de las mujeres), en las prácticas y representaciones que tienen de ello, y que confluyen, finalmente, en su identidad.

Retomemos la idea de trabajo, volvamos sobre las representaciones y significados que se entretajan en torno a ello. Según Susana Masseroni (1999), el trabajo femenino, o sea, cualquier contribución a la producción de bienes y servicios excluyendo el trabajo del hogar, es parte de decisiones familiares que son un componente de sus estrategias de supervivencia. La participación o no de las mujeres en el mercado de trabajo se considera como una de las actividades que los miembros de la unidad doméstica necesitan desarrollar para conseguir determinados recursos para subsistir o complementar el ingreso del jefe del hogar. Una de las conclusiones de esta investigadora, gira en torno a las estrategias de supervivencia de este sector social, donde el comportamiento de las mujeres sería una variable de ajuste que les posibilita la sobrevivencia frente a la situación de precariedad laboral de la familia.

Responsabilidades domésticas y segregación ocupacional por género se combinan en las mujeres de este sector de forma tal que los empleos a los que desean acceder son, con frecuencia, de tiempo parcial u horarios flexibles, ya que esto les permite ingresar y abandonar fácilmente el empleo según varíe la necesidad de dinero que viven en sus

hogares o en caso de que surjan crisis familiares que exijan de su atención o tiempo completo (Jelín, 1978).

El estudio de Sonia Montañó (acordando con un documento de la CEPAL denominado, Pobreza y Desigualdad desde una Perspectiva de Género), destaca que las mujeres en general presentan una situación de falta de autonomía económica, de forma tal que, frente a eventualidades familiares, ellas son más susceptibles de caer en pobreza. Esta situación se recrudece en el caso de las mujeres cónyuges quienes tienen altas posibilidades de convertirse en jefas de hogar ante cambios como la separación o la viudez lo que "las hace más vulnerables a la indigencia".

Desde un abordaje sobre las representaciones que se tiene en este sector acerca del trabajo, Betina Freidín (1996), analiza los conceptos y valores en torno al mismo, tomando en su caso, a un grupo de mujeres migrantes pobres residentes en Maciel. Ella explica que la estabilidad o intermitencia de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo depende del tipo de trabajo que desempeñan, de las restricciones objetivas que se le presentan, así como de la valorización del mismo por parte de ellas. Por lo general, retornan a la actividad económica cuando la relación de pareja empieza a tener problemas y vislumbran una próxima separación. A partir de las entrevistas que realiza, también puede rescatar a aquellas mujeres que ven en su trabajo un espacio para el crecimiento personal, ya que se ponen en juego el reconocimiento de sus capacidades como persona, su identidad y los lazos sociales que es posible construir en determinadas formas de trabajo.

Sin embargo, en líneas generales, las tareas domésticas realizadas al interior del hogar no son consideradas por las mujeres como un "trabajo", de la misma forma en que el trabajo remunerado que puedan tener fuera de hogar, es visto como una ayuda (o changa) necesaria en los casos en que el ingreso del cónyuge no alcance para los gastos diarios de sostén.

Una de las primeras rupturas introducidas por las investigadoras feministas consistió en definir las actividades no remuneradas (que las mujeres dedican en el ámbito privado de lo doméstico) como una dimensión del trabajo necesaria para la reproducción de la sociedad. La capacidad de las mujeres de aprovechar lo más posible los recursos, sus energías y su tiempo para contribuir al bienestar de los demás aseguran la supervivencia de la familia a pesar de los costos que eso les signifiquen en términos de comodidad personal. El trabajo de las mujeres asume las características de flexibilidad, susceptible de adaptarse y modificarse para compensar cualquier otro déficit de los recursos disponibles para la reproducción y mantenimiento de los recursos humanos.

Pareciera que el trabajo es reconocido como tal, sólo si adquiere una forma remunerada. Aquí entra en conflicto el concepto de trabajo con las actividades domésticas que realizan día a día las mujeres en sus hogares y para sus familias. Para Karina Batthyány (2004) el trabajo no remunerado, abarca tanto el trabajo en el sector informal (actividades de voluntariado social, redes informales de la economía, trueques) como el trabajo doméstico, las actividades de beneficencia y las actividades que contribuyen a la economía de subsistencia. En este caso, la esfera de los cuidados representa una de las líneas fundamentales para entender cómo esta práctica diaria refuerza la distancia entre lo que puede ser o no considerado un trabajo. Problematizar el cuidado de las personas, en tanto entendamos que cuidarlas significa hacerse cargo de ellas, implica reflexionar acerca del instaurado prejuicio social que sostiene la existencia de una dotación natural en las mujeres para realizar este tipo de tareas, casi como una determinación biológica. Sea voluntaria fuera del ámbito doméstico o dentro del mismo por “obligación moral”, lo que unifica la noción de cuidado es que se trata de una tarea esencialmente realizada por mujeres. En este sentido, el brindar cuidados es una actividad altamente genérica y viceversa, ya que es por medio del cuidado que la identidad genérica de las mujeres es construída. La posición de las mujeres en la familia, sus oportunidades en el mercado de trabajo, sus relaciones con los parientes es definida, entre otras cosas, por su potencialidad de brindar cuidados y de la realización de esta capacidad. De esta manera, cuidado y femineidad son dos caras de la misma moneda, están mutuamente relacionados.

Tenemos así, despejados los puentes que nos permitirán abordar la identidad de las mujeres del Hogar San Máximo. Conocemos el contexto de pobreza y exclusión en el que ellas interactúan y podemos discernir algunas prácticas y representaciones posibles que elaborarán en torno a ello. Intentemos ver ahora, cómo se entretajan en este caso particular, las dimensiones de trabajo, maternidad y pareja, tomándolos como ejes disparadores que configuran el complejo entramado de su identidad.

Hogar² de Día San Máximo - La Plata.

Para nuestro trabajo entrevistamos a mujeres de este barrio de La Plata que participan en actividades del Hogar de Día San Máximo. Las edades de estas mujeres

² En adelante se utilizará la palabra “Hogar” para referirnos al lugar donde asisten para realizar sus tareas, a diferencia de “hogar” que hará referencia al lugar en el que conviven con su núcleo familiar.

rondan entre los 18 y los 50 años, todas están actualmente casadas o conviviendo con sus parejas, en quienes recae la categoría de jefes del hogar; la mayoría son madres que han tenido su primer hijo en la adolescencia (en general, a los dieciseis años); algunas de ellas han llegado a este barrio provenientes del interior del país y de la Provincia de Buenos Aires, otras se han asentado por la cercanía de sus familiares (padres y hermanos) que viven aquí desde hace más de siete años.

El Hogar de Día San Máximo es un espacio coordinado desde una parroquia importante de la ciudad de La Plata, donde la institución religiosa tiene mucha influencia, no sólo por ser la “patrocinadora”, sino por la apropiación que hacen del tiempo y el espacio del Hogar en tanto la mayor parte de las actividades son observadas por el Párroco y están organizadas en torno a las misas y rituales religiosos. Por ejemplo, antes de servir la merienda, los niños y jóvenes que asisten a los grupos del Hogar, guiados por uno de los dirigentes (o por el cura mismo) deben hacer silencio y rezar. Por otro lado, durante la tarde se realizan en el barrio procesiones con el cura y un grupo de Misioneros (que pertenecen a esta Parroquia) sosteniendo al Santo e invitando a los vecinos para que participen en las misas o se acerquen al Hogar. Uno de los pilares sobre los que se construya la identidad de estas mujeres es este espacio donde se ponen en juego la objetividad de sus actividades, las valoraciones que tienen sobre eso y el peso de las normas y prescripciones que enmarcan al Hogar como tal.

El Hogar tiene en ellas un sentido de pertenencia institucional, se identifican con las prácticas y valores que lo sostienen, convirtiéndose en una de las piezas que constituyen el universo de su identidad.

Inicios de nuestra investigación

Las entrevistas se desarrollaron en varios encuentros y apuntaron a conocer lo que estas mujeres hacen, las tareas que desarrollan diariamente, para luego cruzarlas con las representaciones que tienen sobre eso que hacen así como con la dimensión más subjetiva, es decir, sobre lo que desearían hacer. En este caso, es importante insistir en que las entrevistadas tienen en común un lugar de pertenencia, no tanto el barrio sino el Hogar de Día en el que desarrollan sus tareas (sean voluntarias o no).

Indaguemos primero sobre los primeros acercamientos de las entrevistadas al Hogar. Su llegada tiene dos grandes fuentes: a través del Plan Trabajar y de forma voluntaria. A su vez, las redes se entretajan desde lo institucional, ya que la mitad proviene de la parroquia o de convocatorias que hacía el Párroco recorriendo el barrio y, también, desde el núcleo familiar, acompañando a algún pariente cercano que ya participaba para

ayudarlo en tareas de servicio como dar la merienda, atender el ropero, cocinar (en este caso la iniciativa surge siempre desde una mujer: es decir, para acompañar a una hermana, una cuñada o una suegra).

Algunas de las que llegan desde la Parroquia, mantienen la actividad en ella y en el Hogar, a la vez. Otras se acercan al Hogar a partir de algún Plan Social. Unas pocas, que ahora cuentan con un Plan, ya estaban cuando el Hogar recién comenzaba a construirse participando en las meriendas y por eso, explican, utilizan este lugar para justificarlo en tareas que ya estaban haciendo previamente de forma voluntaria. En este punto, se repite en las entrevistas, la tensión entre aquéllas que van al Hogar “obligadas” por el Plan y las que lo hacen a voluntad. La disposición del espacio manifiesta dicha tensión, volviéndola notoria, ya que las beneficiarias de Planes están en las actividades de la cocina y las voluntarias, se ubican en el Taller de costura o participan en actividades de catecismo, apoyo escolar, organización de la biblioteca y del ropero. Una sola mujer que participa en el Taller tiene el Plan, pero esto no es un punto de conflicto, ya que pareciera encontrar consenso entre sus compañeras “voluntarias” por el hecho de haber obtenido el Plan después de haber pasado largo tiempo de forma voluntaria.

Entonces, a grandes rasgos se pueden diferenciar dos grandes grupos : las que están en el Hogar por “trabajo” y las que en cambio, están por “solidaridad”. En este sentido, parecieran ponerse en juego los conceptos de ayuda y trabajo como conceptos opuestos, donde la persona que va al Hogar de forma rentada, no tendría un verdadero compromiso con la causa de ayudar a los que van por necesidad. Esta cuestión de la necesidad se profundiza, ya que los destinatarios de las actividades del Hogar (sobre todo los niños que reciben la merienda, el abrigo y disfrutan de la recreación) irían por una necesidad del mismo orden que la de aquéllas mujeres que van por “trabajo”; esto en las entrevistas a mujeres beneficiarias del Plan se menciona claramente: “acá llegué por una necesidad económica más que nada”.

Algunas explicaciones que dan las mujeres que cuentan con el Plan se relacionan directamente con la imagen socialmente construída de que los beneficiarios de Planes Sociales son vagos que, en realidad, no trabajan y donde la categoría de “piqueteros” se confunde como sinónimo de esto³. Algunas preguntas que van surgiendo en torno a esto, pero que no serán abordadas aquí, son: ¿Porqué ir por trabajo es un punto de conflicto en

³ Y el Plan ¿qué te parece? Y, si se podría mejorar o dar un trabajo seguro, sería mejor. No me molesta cobrarlo. Me gusta a mí, yo no digo que no. Pero la gente como que a veces, rechaza a la gente del Plan, o será que por uno pagamos todos...por, viste, los piqueteros, los piquetes que hacen...como que tienen una mala imagen. (C)

este lugar? ¿ Cómo se combinan las imágenes sociales que se construyen en torno a los que reclaman por Planes (por ejemplo, los piqueteros) con las premisas sacras de este tipo de lugares (donde prevalecen las ideas de caridad, ayuda al prójimo, solidaridad como sinónimo a estar interesado en el bienestar del otro sin medir el bien propio)?.

Pero avancemos un poco más sobre la esfera de las actividades que ellas realizan. En general, las entrevistadas tienen dos grandes ámbitos donde realizan sus actividades diarias: el Hogar y la casa. Si hacen otras actividades, están en relación con un trabajo o un Plan, es decir, con la posibilidad de tener otro ingreso, o bien, referidas a la participación religiosa (como la concurrencia a las misas, no sólo a las que se celebran en la Parroquia que sostiene al Hogar). Pareciera que el resto de las actividades que podrían hacer (y a veces hacen), no se disocian de su núcleo familiar, ya que mencionan visitas a familiares, o el tiempo que dedican a ayudar a sus hijos, a cuidar a sus nietos, incluso poniéndose al frente de un negocio familiar.

Por otro lado, no han podido continuar con otro tipo de actividades, como el estudio, ya que por cuestiones de tiempo y demanda en sus casas, han debido abandonar lo que habían emprendido para su formación “profesional”. La atención a los hijos, el cuidado de la casa, los quehaceres domésticos son demandas de tiempo y esfuerzo que a veces, no les da margen para comenzar otra cosa que no esté relacionada con lo doméstico - laboral. En este sentido, todas las actividades que realizan en el Hogar están íntimamente relacionadas con sus tareas domésticas, en lo único que se diferencian es en la notoria ausencia de sus parejas en este ámbito, ya que los cónyuges no suelen participar.

En este punto se pone en juego el lugar que ocupa el “otro” en la vida diaria de ellas. Según las entrevistadas, los hombres sólo están en sus casas. Pero aunque ellos no compartan este mismo espacio en el que ellas pasan sus tardes, no mencionan una práctica que, fuera del Hogar, realicen solas.

Articulando las esferas de la actividad con sus representaciones

De lo anterior se desprende que, lo que hacen en el Hogar no tiene diferencias con las prácticas diarias que realizan en sus casas. Esto no es algo que sorprenda ya que, como dijimos, la capacidad de brindar cuidados, de atender al otro va ligada a este tipo de actividades catalogadas como típicamente femeninas por nuestros patrones culturales. Las mujeres extienden su quehacer desde sus casas hacia el Hogar y desde éste a sus casa.

Pero cuando abordamos lo que hacen desde la representación que tienen, en relación a sus gustos o preferencias encontramos la diferencia de reacciones entre las que trabajan en la cocina, haciendo la leche y sirviéndola, y las que están en el Taller de costura. Las

primeras, todas beneficiarias del Plan, responden por la negativa “no me disgusta” “no me desagrada” o bien “sí, me gusta, me acostumbré a hacer esto”. Luego de varios encuentros, las entrevistadas ahondan en este tema, casi confesando que se irían del lugar, que a veces no tienen ganas de ir, que se cansan y no encuentran un espacio para estar tranquilas porque siempre están bajo la continua demanda de los niños que rondan por allí. Vale aclarar, que ellas trabajan en la parte del comedor del Hogar donde a la vez funciona el espacio para las misas de los sábados a la tarde y, por lo tanto, están permanentemente en contacto con la gente y los niños.

Las segundas (las del Taller), responden con un rotundo “sí!”, alegando que este tipo de actividades les da la posibilidad de aprender nuevas cosas, e incluso, de aislarse en caso de que estén “cansadas de sus casas⁴”. El espacio físico que estas mujeres tienen dentro del Hogar es mucho más pequeño que el comedor y está aislado del centro de esta construcción, donde se concentran todos los grupos de chicos para jugar y donde los coordinadores del Hogar transitan para observar y organizar otro tipo de cuestiones. Este tipo de actividad les permite distraerse de las tareas rutinarias y monótonas de sus casas, para además incorporar otras nuevas que sólo tienen que ver con ellas. La diferencia es notoria con las mujeres que están en la cocina, que no dejan de repetir viejos conocimientos que traen de sus propios quehaceres domésticos (no es sólo hacer la merienda, sino controlar la magnitud de los alimentos con los que cuenta para poder servirla y que alcance para todos, además de limpiar los vasos, jarras y platos que queden sucios, secarlos, ordenarlos, etc).

Las entrevistadas del Taller, ni siquiera sugieren la idea de dejar de asistir. En cambio, a medida que se avanza en las preguntas, uno puede detectar que parecieran encontrar en el lugar, un espacio de retiro donde el aislamiento compensa todo el cansancio que traen de sus casas. Un lugar al que tampoco tienen la obligación de asistir más que por un placer propio.

Ahora bien, ahondemos sobre la dimensión subjetiva que se les representa sobre los lugares a los que “pertenecen”, es decir, sus casas y el Hogar. A pesar de esta gran diferencia en sus discursos, subyace la misma imagen como respuesta a la pregunta de qué es lo que más les gusta de sus casas o del Hogar. Nos referimos, para ambos casos, a la imagen del jardín como aquéllo que más disfrutaban y a la sensación de aislamiento que

⁴ “¿Y el tiempo que no estás acá? Y estoy en mi casa, haciendo algo...limpiando, a veces vengo para acá para descansar un poco de mi casa...(risas) sí, porque vos sabés que en la casa no puedo estar, más si tenés chicos...”(D).

viven cuando los maridos o los hijos no están, que es también lo que más sufren. Una breve seguidilla de las frases dichas en diferentes entrevistas esclarecen esta situación: “El patio, la parte del parque, el verde...sí, eso me gusta. Y sino, el comedor porque me entra el sol...tengo mucha ventana (A)”, “Sí, me gusta el hogar...se me pasa rápido el día, acá” (B), “...a veces salir, me gusta salir, no quedarme encerrada”(C), “ a veces vengo para acá para descansar un poco de mi casa...(risas) sí, porque vos sabés que en la casa no puedo estar, más si tenés chicos...acá no tenés que estar lavando, planchando, limpiando...”(D), “Del hogar me gusta más el jardín, [...] por más que me lleve tiempo, yo me acostumbro a salir al jardín, me gusta andar por el jardín, no sé porque, no me gusta estar adentro, me gusta estar afuera”(E).

En este sentido, el espacio del Hogar funciona para las mujeres del Taller de la misma forma que el jardín o las salidas en familia para las mujeres del Plan. Por eso, en ambos casos, se repite la necesidad de estar fuera de las actividades en donde hay un “otro” que demanda, ya sea en la casa, ya sea en la cocina del Hogar.

A pesar de esta coincidencia en sus “deseos”, ambos grupos se mantienen enfrentados por la contradicción Plan - Taller y están tan consolidados en esta dinámica que los mismos organizadores del Hogar disponen los horarios y las actividades de tal forma que no haya integración entre ellos.

Trabajo e identidad: ¿cómo se relacionan?

Pero sigamos avanzando y veamos ahora como el trabajo es otra de las piezas para armar nuestro rompecabezas. Las preguntas sobre la idea de trabajo fueron disparadoras para conocer qué significado tenía en ellas y que rol jugaban en la posición que toman frente a los “otros”. La palabra costumbre, aparece continuamente, incluso, la idea de que deben aceptar que la situación está difícil y deben ponerse a buscar alguna salida, algún trabajo (a veces, es el ingreso de ellas el que sostiene la economía del hogar) pero siempre visto como una ayuda. Es difícil distinguir hasta qué punto les gusta lo que hacen en tanto la actividad en sí misma o les gusta ayudar a sus maridos en el sostén de sus familias. En este sentido la representación que tienen de acerca de la idea de “ayuda” se invierte con sus relaciones de pareja (es decir, si los maridos limpian: ayudan, si trabajan, hacen lo que tienen que hacer)⁵.

⁵ “A mi marido le gustaría poder, eh...mantener más él las cosas, o sea, sacar adelante él la casa sin que yo tenga que trabajar, y me ve trabajar mucho...pero dadas las cosas, que por ahí tengo más oportunidad yo siendo mujer que él, por ahí no le salen cosas, por ahí tengo que agachar la cabeza yo y hacerlo yo, pero si él tuviera...a él le gustaría a él mantener la familia como un hombre, y muchas veces me ha dicho “si me sale algo bueno, dejá, dejá, renunciá a todo, dejá. Quedate en casa cuidando las cosas, atendé a los chicos”. ¿Y a vos te gustaría eso? A mí me gustaría tener

A medida que nuestros encuentros se repiten y podemos profundizar en los temas abordados en entrevistas anteriores, logramos ahondar un poco más sobre las expectativas y deseos que tienen estas mujeres, vinculados con su situación de empobrecimiento. Los ejes centrales sobre los que se construyen sus deseos son: el bienestar de sus hijos y la vivienda. Aunque también surgen expectativas más personales, que tienen que ver con lo que ellas quieren para sí mismas, como terminar sus estudios, tener más tiempo y poder mejorar su aspecto físico. En este último caso, las causas del abandono de su imagen, ha tenido que ver, no tanto con los embarazos, sino con el poco tiempo y la falta de dinero que las condicionaron siendo este el resultado. Por eso, el trabajo cruza todas estas dimensiones de lo que desean, para convertirse, en algunos casos en un medio para incrementar sus ingresos con el fin de terminar la construcción de sus casas, tener más alimentos y mejores ropas. El trabajo aparece como un objetivo propio de las entrevistadas, que tiene por fin último los beneficios en lo económico y estaría dirigido solventar aquellos gastos que antes de caer en la pobreza por la crisis podían hacer y ya no.

Si bien podemos definir que las bases subjetivas de la división sexual del trabajo, estructuran las actividades de manera tal que lo público aparece como el ámbito propiamente masculino, mientras que la participación femenina ocurre tradicionalmente en el ambiente privado de la reproducción y la vida familiar, veremos que ello no ocurre estrictamente así en el Hogar. En las familias de las entrevistadas parecen “invertirse” los ámbitos de acción de cada uno, ya que son las mujeres las que mayor participación tienen en el espacio público, en las actividades del Hogar y de la Parroquia, quedando los hombres restringidos al plano privado, en sus casas una vez que llegan de trabajar. Público y privado toman otra forma en este contexto⁶. Se entiende que son las mujeres las que deben asistir a las actividades del Hogar porque ése es un lugar para ellas, donde los hombres sólo se acercan en caso de que vayan a buscar a sus hijos a la tarde. Hay que aclarar que, sólo al inicio del proyecto los hombres del barrio estaban el Hogar, sobre todo justificando los Planes que habían obtenido prestando servicios de construcción, electricidad, y limpieza del predio.

Las entrevistadas no se reconocen como jefas de hogar, aunque en la mayoría de los casos sean ellas las que aporten uno de los ingresos más importantes para el sostén de las familias. Al contrario, en sus discursos encontramos la tendencia a justificar este tipo de

tiempo para mí sí, para mis hijos y para mí, un poco más de tiempo” (A2).

⁶ Claro que el hecho de que los hombres pasen más tiempo en sus casas, no quiere decir que se ocupen de tareas propiamente femeninas. A lo que me refiero es que estas mujeres ven ampliados sus espacios de interacción, espacios que se relacionan íntimamente con la construcción de su identidad.

organización al interior de sus casas, por la mala situación económica del país en general y por las mayores posibilidades que creen, tienen las mujeres en el ingreso al mercado de trabajo. Se confirma lo esperable: las mujeres de este sector ven su actividad como una ayuda en la economía familiar, como si implicase “agachar la cabeza” porque no hay otra salida. Insisto, el trabajo se transforma en un camino para lograr un mayor bienestar, pero a la vez, en un obstáculo porque les resta el tiempo que preferirían dedicar a sus hijos y al cuidado de sí mismas.

Retomando la representación y valoración que tienen del trabajo, la actividad que realizan, sobre todo las mujeres que asisten al Taller, no es visto como un trabajo, sino que es entendido como una forma de pasar el tiempo en que los maridos no están en las casas y donde, sino, se quedarían solas. Lo importante es que el Hogar las distrae o aleja de sus obligaciones domésticas, pero les da el margen suficiente para poder llegar a sus casas para cumplirlas. En repetidas veces se encuentran explicaciones de este estilo, donde las entrevistadas cuentan que deben regresar a sus casas para poder tener todo organizado antes de que el marido llegue. El hombre es la figura que recuerda qué pautas debe cumplir la mujer aunque asista al Hogar, entonces ella se irá de su casa previendo que deberá volver para cumplir con lo que debe hacer una “mujer que tiene una familia” (esperarlo con la comida hecha, la casa arreglada, los hijos preparados para no molestarlo); esto se refuerza en las entrevistas, cuando dicen que es él el que está trabajando mientras ellas sólo se darían el gusto de estar un rato en el Taller.

En relación a su actividad, sobre todo en aquéllas beneficiarias de Planes Sociales, esto se les presenta muy lejano a lo que consideran como un trabajo en serio. Un trabajo, con el significado que ellas le dan, contaría con seguro, mutual, sueldo fijo, aportes. Ante todo un trabajo es sinónimo de seguridad y estabilidad, pero eso hace tiempo que no es así, ni siquiera para personas pertenecientes a otros sectores sociales más favorecidos.

“Ser Mujer” desde la maternidad y la pareja

Cambiamos de foco para seguir completando nuestro entramado de piezas y partamos ahora del plano de la maternidad. Como ya dijimos, las entrevistadas han tenido su primer hijo alrededor de los dieciseis años. La mayoría tiene hasta tres hijos, cuyas edades varían entre los 3 y los 22 años. Los hijos se presentan como una responsabilidad de ellas, nunca se menciona en las entrevistas las obligaciones que también implica la paternidad, sino que esta dimensión aparece recortada en el plano de los ingresos, es decir, que el padre debe ser el proveedor de la familia.

Por eso, los hijos (y en algunos casos, incluso los nietos) son los demandantes del tiempo y del cuidado de estas mujeres. No es casualidad que en el Hogar se las reconozca como grupo bajo el nombre de “las madres”. Ni siquiera cuando asisten al Hogar estas “madres” se distancian de sus hijos, ya que encuentran en éste, un espacio donde articular las dimensiones maternidad - trabajo y así cumplir con su doble responsabilidad. Fomentado desde los mismos coordinadores del Hogar, las mujeres llevan a sus niños en el horario en que van a realizar sus actividades, lo que las libera de la preocupación de no tener a dónde dejarlos cuando ellas tienen que cumplir con su trabajo, pero también las mantiene bajo la tensión de tener que estar atentas mientras hacen las cosas. Esto no es extraño, ellas están acostumbradas a este tipo de situaciones, ya que las viven diariamente en sus casas y, justamente, allí reside el problema, en que no encuentren ni siquiera en su lugar de trabajo, un espacio diferente donde puedan desconectarse de las continuas demandas y exigencias propias de niños que requieren de cuidados. Si cuidar a alguien es hacerse cargo de esa persona, cuando esto se combina en un mismo momento y lugar con otra dimensión en la que también hay que hacerse cargo, las expresiones de cansancio de las mujeres que trabajan en la cocina manifiestan en sí mismas las dificultades inherentes que implican llevar esto adelante diariamente.

En esta situación, hay otras mujeres que cuentan con la ayuda de familiares, la mayoría de las veces son sus madres, que organizan su tiempo para alivianar la carga de sus hijas cuidando a los nietos o limpiando la casa; repito, nunca mencionan que la ayuda provenga de sus maridos, ni siquiera de alguna figura masculina. Está notoriamente aceptado que este tipo de tareas las deben realizar ellas o sus madres, porque los hombres “están todo el día trabajando y llegan cansados” . Esto es algo que no se cuestiona, ni siquiera los días sábados, ya que nos cuentan que, mientras ellas están en el Hogar, ellos están en sus casas mirando televisión o durmiendo.

Conclusiones

El objetivo de nuestro trabajo fue comprender cómo las mujeres de sectores marginados e inmersos en un contexto de pobreza estructural, construían su identidad en torno a las dimensiones de la maternidad, el trabajo y la pareja. Estas dimensiones no fueron abordadas en las entrevistas de una forma rígida, por el contrario, fueron necesariamente conectadas entre sí y contextualizadas en base a dos situaciones

relevantes a los fines de este estudio. Por un lado, la situación de pobreza y exclusión ya mencionada y, por otro, el lugar que comparten estas mujeres, un lugar que no reúne características de neutralidad debido a que tiene su origen en una institución religiosa y está organizado en base a los preceptos de la iglesia católica.

En este sentido encontramos, a lo largo de nuestras entrevistas y en las observaciones que se realizaron durante las distintas actividades del Hogar, que la identidad de las mujeres entrevistadas es atravesada por esas situaciones que no implican sólo una cuestión material (como remitirse únicamente al lugar físico donde realizan su actividad, o a los condicionamientos que viven en torno a la pobreza) sino también, una gama de representaciones y valoraciones en relación a ello y que interactúan en el proceso de constitución de su identidad. Estas mujeres no se identifican sólo por ser parte del Hogar, sino que incorporan y practican diariamente lo que esto significa, interiorizando los valores, rituales y el lenguaje que caracterizan a la institución.

De por sí, es una tarea compleja describir los entramados identitarios de las personas. La constitución de un “yo” que se muestra frente a “los otros” como diferente no deja por ello de estar en continua transformación según las vivencias que vayan sucediendo a lo largo del tiempo; sin embargo es posible que los cambios no sean radicales, sino que por debajo de ellos se encuentre una estructura subyacente que los contenga. Tengamos en cuenta las consideraciones de Gilberto Gimenez en torno a la identidad, entendida como “ un proceso subjetivo (y frecuentemente auto-reflexivo) por el que los sujetos definen su diferencia de otros sujetos (y de su entorno social) mediante la autoasignación de un repertorio de atributos culturales, frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo”(Gimenez, 2004: p.84)

Las dimensiones de trabajo - maternidad - pareja fueron las líneas ordenadoras que invariablemente se cruzaban con su pertenencia al Hogar San Máximo, lugar que combina los marcos de pobreza y religión. La idea de pertenencia funciona como un disparador en las representaciones que tienen de sí mismas, ya que por las características del lugar, refuerza los valores tradicionales que practican también en su vida familiar.

Tomando al trabajo como primer línea de análisis, sabemos que gran parte de las ocupaciones que realizan las mujeres en el mercado de trabajo representan una prolongación de las actividades que se realizan en la esfera familiar, configurándose esferas laborales ampliamente feminizadas e infravaloradas. Las mujeres están viéndose especialmente afectadas por los procesos de desregulación y precarización que viene experimentando el mercado de trabajo, que reduce sus opciones para este sector tanto por

su condición de género y de pobreza, como por el menor tiempo del que disponen las mujeres dada la superposición de los roles productivo y reproductivo (donde en general el primero queda relegado al segundo).

En nuestro caso, el trabajo sólo aparece bajo la forma de los Planes Sociales con los que cuentan algunas de las mujeres del Hogar, y por el que dedican un tiempo establecido en ese lugar como contraprestación. Las actividades que realizan no se alejan de las realizadas diariamente en sus hogares, al contrario, sólo cambian de lugar para hacer lo mismo. Avanzando un poco más, la presencia de Plan en este Hogar, genera tensiones no sólo entre las mujeres beneficiarias y aquellas que asisten por voluntad sino en la misma persona que los recibe. Las mujeres que van al Hogar como contraprestación, sufren las críticas de sus compañeras y del imaginario que se creó en torno a igualar a los Planes con la gente que no quiere trabajar o que “es vaga”. Y no sólo en eso reside esta tensión, sino que ellas mismas no lo ven como un trabajo, sino como una ayuda que permite un ingreso más a sus familias, siendo el verdadero trabajo el de sus parejas. Por eso también es que, aunque en muchos casos es el ingreso que ellas tienen el más importante para los gastos de la casa, no se reconocen como las jefas de hogar. Debido a las imágenes prevalecientes en torno a los papeles del hombre y la mujer, el hombre suele ser considerado como “jefe” por los miembros de la familia, en tanto las mujeres sólo suelen ser reconocidas como “jefas” cuando en el hogar no existe un hombre adulto (Flier, 1994).

A pesar de la amplia participación que comenzaron a tener las mujeres en el mercado de trabajo, muchas valoraciones parecen mantenerse intactas. En este sentido, las percepciones sociales sobre el trabajo y la familia no han cambiado al mismo ritmo con que se ha transformado el mercado de trabajo a consecuencia de la mayor participación de las mujeres en el mismo. La redistribución de las responsabilidades económicas al interior de los hogares no se ha visto acompañado de una redistribución equivalente en las responsabilidades de trabajo y cuidado al interior de los hogares: las mujeres siguen siendo las que realizan la mayor parte del trabajo. Y esta sobreexigencia de trabajo claro que está relacionada con la maternidad. En contraposición al trabajo productivo, el trabajo doméstico debe llevarse a cabo todos los días, a veces, si alguien no lo realiza, sin importar los motivos, otros lo hacen por él. Lo mismo ocurre con el cuidado de los hijos, ya que debe cumplirse todos los días, pero en este caso no parece contemplarse que esto está a cargo de ambos progenitores.

La valoración que tienen del trabajo extradoméstico es negativa, ya que una mujer pareciera sólo podría definirse como “buena” en la medida en que se dedica al cuidado de

los hijos y la atención de su hogar. Entonces, la representación que construyen las mujeres en torno al trabajo doméstico es la de un “no-trabajo” y lo mismo sucede con las actividades que realizan “obligadas” por el Plan; el Plan se presenta como una ayuda a la economía del hogar, es decir, como una estrategia frente a la crisis, pero no como un trabajo que cumpla con los requisitos que para ellas debe tener, es decir, estable y protegido en un sistema de seguridad social.

En nuestra segunda línea de abordaje, que se relaciona con la primera, analizamos la maternidad. De esta forma fuimos uniendo las distintas piezas que se presentaban sueltas pero que cobran sentido en tanto forman parte de un todo. El “ser madres” es una marca imposible de obviar por estas mujeres a la hora de definirse a sí mismas.

En general, tener hijos, se les presenta a nuestras entrevistadas, como algo no planificado, pero no evitado. Una vez que son madres, las obligaciones crecen, no sólo en la demanda de tiempo y cuidado, sino en las tareas que esto implica: no pueden dejar de cocinar, ni de llevarlos a la escuela, ni de trabajar para destinar los ingresos al mantenimiento de lo que sus hijos necesitan (ropa, comida). El Hogar parece ser el lugar donde pueden combinar las dos dimensiones, ya que les permite cumplir con el trabajo y con su rol de madres. En caso de que no vayan al Hogar por obligación (como las mujeres del Plan), también sucede esto, ya que las mujeres del Taller, encuentran un espacio donde aprender o escaparse de sus casas pero sin tomar distancia de sus hijos porque pueden acompañarlas.

El Hogar juega un papel ambiguo, como distracción o escape para ellas o bien, aparece como una obligación asumida bajo la forma de Plan, pero en ambos casos se repiten los mismos hábitos ya aprendidos y practicados diariamente en sus casas.

Finalmente, ser madre y estar en pareja van de la mano. Estas esferas de la vida de las mujeres, están unidas por la idea del cuidado. Los hijos y los maridos (o parejas) aparecen como los demandantes del tiempo y atención de ellas. Ya sea para los rituales diarios de los quehaceres de la casa (cocinar, limpiar, lavar la ropa, planchar, ordenar) como para otro tipo de actividades donde ellas tienen que estar presentes (salir a visitar a parientes cercanos, llevar a los chicos al colegio, ir a misa). Y no sólo eso, sino que desde la pareja, la demanda se hace efectiva cuando las mujeres ordenan sus horarios (en detrimento de su comodidad) para estar en sus casas al momento de ellos lleguen de trabajar, de modo tal que sean recibidos con la cena, la ropa y la casa preparada con antelación.

Sería demasiado atrevido concluir que la identidad de las mujeres que entrevistamos se limita al ser madres, esposas y trabajadoras. De por sí, es complejo definir qué sería ser madre, qué implicaría ser esposa y, como vimos, qué rasgos tendría que tener una actividad para ser entendida como trabajo. Sin embargo, es posible aproximarnos a ello, a través de las representaciones y valoraciones que compartieron con nosotros en las entrevistas y que nos habla de la forma en que ellas se posicionan frente a esas dimensiones y frente a los “otros”. Retomando a la identidad como aquello que nos diferencia de un “otro”, en este abordaje desde una perspectiva de género, nos vemos obligados a repensar en aquellas estructuras históricas del orden masculino que tienen un papel fundamental en relación a las otras piezas del juego y que configuran, que las prácticas y creencias de estas mujeres estén inscriptas en el orden de las cosas (Bourdieu, 2000: p.48).

Originalmente, el uso de la categoría gender (género) se impulsó con la pretensión de diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología. Esta categoría fue creada para explicar que los roles sociales asignados y ejercidos por las mujeres y los varones no son producto de diferencias biológicas “naturales” ni de sexo, sino el resultado de construcciones sociales y culturales asumidas históricamente. Con la distinción entre sexo y género se podía enfrentar mejor el determinismo biológico y se ampliaba la base argumentativa en favor de la igualdad de las mujeres.

La lógica de género es una lógica de poder, de dominación. Retomando a Bourdieu, entendemos que el género es la forma paradigmática de la violencia simbólica porque es aquella violencia que se ejerce sobre un agente social con su complicidad o consentimiento. La eficacia masculina radica en el hecho de que la relación de dominación se legitima al inscribirla en lo biológico, que en sí mismo es una construcción biologizada, en otras palabras, convierte a esta relación en algo “natural”.

En contraste, pero abriendo una veta de luz en el análisis, Beatriz Schmukler, elabora en su investigación, una desmistificación de la idea de la “mujer víctima”. Sostiene la idea de que la mujer es capaz de desplegar sus propias estrategias en el núcleo familiar, para satisfacer sus propios deseos e influir con prácticas más flexibles en la formación de sus hijos. Esta autora postula, que la imagen de la mujer víctima encierra una trampa, ya que denuncia la subordinación personal y entrega de la mujer ocultando su participación como sujeto creador de prácticas y estrategias que inciden en el contexto social - familiar. Podríamos detenernos en este punto para pensar en el verdadero poder que tienen las mujeres en esta relación socialmente estructurada, donde se entremezclan la “obligación

moral” que les impone responder a las demandas, y los deseos personales que se ven subordinados frente a esto.

Claro que en el análisis de las entrevistas vimos que los hijos son la prioridad, así como su bienestar, su salud; pero cuando ellas se permiten alejarse mentalmente de todas las situaciones que se les imponen (pobreza, maternidad, pareja), es decir, cuando tienen un espacio para expresar aquellas cosas que a nivel personal, les gustaría que fueran posibles, ellas confiesan que desean volver a un momento anterior en sus vidas, donde estaban solas, donde cuidaban más su imagen, sus necesidades, donde se atendían más. En el presente, expectativas de este estilo están puestas en la terminación de estudios que han debido abandonar y en el crecimiento de proyectos propios encarados desde el Hogar (como el Taller de costura).

Es importante que rescatemos, entonces, que estos marcos de pobreza y exclusión son los que delinean la configuración de la identidad de género, una identidad que, al margen de las diferentes formas que adquiera, sigue siendo construída sobre una estructura “natural” de dominación masculina y de violencia simbólica, pero que también no deja de tener, como dice Bourdieu, *“un espacio para la lucha cognitiva a propósito del sentido de las cosas del mundo”* (Bourdieu, 2000: p. 26).

Bibliografía

Acosta, Félix y Solís, Mariene, 1998, “jefatura de hogar e identidad femenina: un análisis de casos de hogares con jefatura femenina en Monterrey, México”, LASA 98; XXI International Congress of The Latin American Studies Association.

Almerás, Diane. 1997. “Compartir las responsabilidades familiares: una tarea para el desarrollo”, (DDR/G) Séptima Conferencia Regional sobre la Integración de la Mujer en el Desarrollo Económico y Social de América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, CEPAL.

Arriagada, Irma, 1998, “Nuevas dimensiones de género y pobreza: una introducción” en Irma Arriagada y Carmen Torres (editoras) 1998, Isis International, Ediciones de las mujeres n°26, Santiago de Chile.

Ariza, Marina y de Oliveira, Orlandina, 2000, "Contribuciones de la perspectiva de género a la sociología de la población en Latinoamérica", XXII International Congress, LASA.

Ariza, Marina y de Oliveira, Orlandina, "Trabajo femenino en América Latina: un recuento de los principales enfoques analíticos" en Tratado latinoamericano de Sociología del Trabajo, Enrique De La Garza Toledo (comp.), Fondo de Cultura Económica, México.

Ariza, Marina y de Oliveira, Orlandina, 1997, "División sexual del trabajo y exclusión social" en Trabalho e Sociedade: Desafios Teóricos, Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo, año 3, n° 5.

Batthyány, Karina, 2004. "Cuidado infantil y trabajo: ¿un desafío exclusivamente femenino?, una mirada desde el género y la ciudadanía social". Montevideo, CINTERFOR.

Benería, Lourdes, 1992, "La globalización de la economía y el trabajo de las mujeres" en El trabajo femenino en América Latina, Beatriz Bustos y Germán Palacio (comp.), Universidad de Guadalajara.

Bourdieu, Pierre, 2003, "La dominación masculina", Ed. Anagrama, Barcelona.

Bustos Torres, Beatriz A., 1993, "El trabajo femenino en América Latina y los nuevos debates al inicio de la década de 1990" en El trabajo femenino en América Latina, Beatriz Bustos y Germán Palacio (comp.), Universidad de Guadalajara.

Climent, Graciela y Artas, Diana, 1995, "Representaciones sociales y comportamiento reproductivo de las mujeres de sectores populares" en Cuadernos Médico Sociales n° 70.

Conway, Jill, Bourque, Susan y Scott Joan, "El concepto de género" en El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual, Marta Lamas (comp.), México.

De Barbieri, Teresita, 1993, "Sobre la categoría género. Una introducción teórica-metodológica", en Debates en Sociología, n°18.

De Oliveira, Orlandina, Eternod, Marcela y López, María de la Paz, 1996, “ Familia y género en el análisis sociodemográfico”, México.

Eguía, Amalia y Ortale, Susana, 2000, “ Reflexiones finales. Efectos del ajuste económico en familias de sectores medios y pobres de la Argentina. Testimonios de mujeres”, en Las mujeres hablan, Ruth Sautu, Amalia Eguía, Susana Ortale (Compiladoras).

Espinar, Eva y González Río, María José, 2004. “¿Porqué son pobres las mujeres?” en La Cuchara, resumen de noticias de Modemmujer, México, Fecha: 18 de mayo de 2004.

Fernández, Ana María, 2001, “El fin de los géneros sexuales”, UBA, Bs As, Arg.

Flier, Patricia 1994, “ La inserción laboral de las mujeres pobres: cuando la diferencia es igual a desigualdad”. La Plata, en Cuadernos del CISH año 2 Número 2/3.

Freidin, Betina, 1996, “Trayectorias laborales, conceptos y valores sobre el trabajo de las mujeres migrantes pobres”, Segundas Jornadas Mujer, Trabajo y Pobreza, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa.

García, Brígida y De Oliveira, Orlandina, 1994, “Trabajo femenino y vida familiar en México”, El colegio de México.

Gimenez, Gilberto, 1997, “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, UNAM.

Gimenez, Gilberto, 2004, “Culturas e identidades”, en revista Mexicana de Sociología, año LXVI, número especial.

Heller, Lidia y Cortes, Rosalía, 2000, “El empleo femenino en los 90: nuevos escenarios -“nuevas” ocupaciones?”, LASA 2000, XXII International Congress.

Hiraoka, Jesse, 1996, “La identidad y su contexto dimensional” en Identidad. Leticia Méndez (comp.), México, UNAM.

Jiménez, Beatriz, 2003. "Mexico: avanza la feminización de la pobreza. La situación se recrudece en mujeres casadas". En www.rebelion.org

Juliano, Dolores, 1989, "Estrategias de elaboración de identidad" en *Realitat*, revista teórica del PCC, n°13.

Lindón, Alicia, 2001, "La identidad personal y la negociación de la conyugalidad a través de las narrativas de vida" en *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*. Cristina Gomes (comp.), México.

Masseroni, Susana, 1999, "Roles económicos femeninos en un contexto crítico" en *Mujer, Trabajo y Pobreza en Argentina*, Ruth Sautu, María Mercedes Di Virgilio, Gimena Ojeda (Comp.), Universidad Nacional de La Plata.

Montes de Oca, Verónica, 1997, "La actividad económica de las mujeres en edad avanzada en México: entre la sobrevivencia y la reproducción cotidiana", LASA, UNAM.

Moreno, Isidoro, "Identidades y rituales"

Ramos Tovar, María Elena, 2001, "Estrategias latentes, manifiestas e invisibles del poder al interior de la familia", Universidad de Monterrey.

Schmukler, Beatriz, "Las madres y la producción cultural de la familia" en *La antropología social y los estudios de la mujer*, segundo congreso argentino de antropología social, simposio "antropología y mujer", Estela Grassi (Comp.)

Wainerman, Catalina, 1998, "La división del trabajo en familias de dos proveedores. Relatos desde ambos géneros y dos generaciones", CONICET/CENEP, Bs As, Arg.